

Queremos tanto a Carmen

José Antonio Funes
UNESCO
poetafunes@yahoo.com

Llegué a Salamanca en otoño de 1996. Yo venía de una de las provincias de Latinoamérica y fue así que mi primera impresión de aquella ciudad majestuosa fue de deslumbramiento, de sentirme no sólo lejos en cuanto a la distancia geográfica sino también a la distancia de los siglos. Fue una maravilla encontrarme con una ciudad tan viva, que respiraba sobre todo desde los poros de miles de jóvenes venidos de muchos países del mundo para estudiar carreras universitarias o para aprender español en una de las “capitales”, sino la más importante, de la enseñanza del castellano.

En esa Salamanca bañada de juventud, tanto los estudios como las fiestas se tomaban en serio. Hasta uno de sus bares más emblemáticos llevaba por nombre “La Biblioteca”, así que cuando un joven salía de su casa tenía dos caminos que conducían al mismo nombre. En los bares, que los había a centenares, las litronas, las cañas y los cubalibres se acompañaban mejor con las voces de Roxana, Pedro Guerra, Ella Baila Sola, Jarabe de Palo, Los del Río, Azúcar Moreno, Ricky Martin, Backstreet-Boys, Christina Aguilera, Britney Spears, Spice Girls, etc.

Eran los tiempos del “boom” inmobiliario, cuando los rechonchos bancos españoles bufaban en América Latina, pero también Telefónica y Repsol. Estas vitrinas de la economía española atrajeron a muchos latinoamericanos hacia las metrópolis, así que además de los ya conocidos peruanos, bolivianos y mujeres dominicanas, España comenzó a llenarse de migrantes ecuatorianos, venezolanos y argentinos, muchos huyendo del desmadre económico, otros huyendo del desmadre político.

Yo había llegado desde Honduras para estudiar un doctorado en la Cátedra de Literatura Hispanoamericana, con una beca de la entonces Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI). La Facultad de Filología estaba ubicada en el imponente Palacio de Anaya y en uno de los lugares más privilegiados de la universidad. Recuerdo el otoño con esa luz dorada que bañaba las piedras de la Catedral. Recuerdo la caída de la nieve sobre los cedros de la Plaza de Anaya y la complicidad poética con el conjunto arquitectónico de la Plaza de Anaya.

Yo soñaba con Salamanca porque quería confrontar mi memoria con el espacio donde se dio vida a personajes como el Lazarillo de Tormes o la Celestina, quería pasearme a orillas del Tormes, tomar el sol en el huerto de Calixto y Melíbea, imaginar a Fray Luis de León desde el salón de clases donde celebraba la libertad luego de haber estado preso por haber enfrentado a la Inquisición; quería conocer la Cueva de Salamanca, visitar la Casa de Unamuno...

En el curso de doctorado, los latinoamericanos éramos mayoría. Muchos de ellos eran brillantes escritores de México y Venezuela, como Jorge Volpi y Juan Carlos Chirinos, pero antes y después formaron parte del doctorado otros tan destacados como el mexicano Ignacio Padilla y los venezolanos Juan Carlos Méndez Guédez, Lázaro Álvarez, Octavio González y Celso Medina. Venezuela tenía en esa época un vínculo muy importante con el Departamento de Literatura Hispanoamericana, a través de la Cátedra José Antonio Ramos Sucre que permitió la participación de destacados académicos venezolanos. Y es aquí precisamente donde deseo destacar la figura de ese enlace entre los estudiantes de América Latina y el doctorado en la Cátedra de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Salamanca: la Profesora Carmen Ruiz-Barrionuevo.

La primera vez que le hice una visita en su despacho, me sentí un poco intimidado. Me encontré con una mujer de mucho carácter, con escasa sonrisa, aunque sumamente cordial. Ya que ella era especialista en el período modernista, aceptó gentilmente ser la asesora de mi tesis doctoral sobre el hondureño Froylán Turcios. Desde entonces, me considero muy afortunado de haber contado con el respaldo de la Profesora Ruiz-Barrionuevo pues ella, exigente en todo momento, siempre estuvo muy atenta al desarrollo de mi tesis, sus recomendaciones fueron muy pertinentes y sus observaciones muy claras y puntuales. Tenía conocidos de otras facultades que sufrían porque sus asesores de tesis eran ilocalizables, olvidadizos, indiferentes, groseros, soberbios. Afortunadamente, ese no era mi caso.

Esa relación académica muy cercana me permitió conocer poco a poco la calidad humana de Carmen. Así, detrás de aquella profesora erudita, rigurosa y seria en el trato profesional, fui descubriendo a una mujer sensible, generosa, sonriente y siempre preocupada por los demás. En este punto debo reconocer públicamente su actitud solidaria en octubre de 1998, cuando el huracán Mitch hizo estragos en Honduras y hasta arrasó con mi biblioteca personal. Carmen, sin que yo se lo pidiera, tuvo la iniciativa de acudir en mi ayuda e hizo un llamado a otros colegas de la Facultad.

Me extendería mucho si escribiera sobre los valiosos aportes de Carmen Ruiz-Barrionuevo al estudio de la literatura hispanoamericana, sus magníficos estudios sobre la obra de José Martí, Rubén Darío, Julio Herrera y Reissig y Gastón Baquero, entre otros. En todos ellos sale a relucir no solo la profundidad crítica, el estudio acucioso, el arsenal intelectual que respalda sus argumentos, sino también el amor y la pasión que despierta en ella la cultura literaria de nuestro subcontinente.

Digno es también mencionar el importante papel que la Profesora Ruiz-Barrionuevo desempeñó en su colaboración con el Premio Iberoamericano de Poesía Reina Sofía, y donde siempre hubo una elección muy atinada de los galardonados. Gracias a la mediación de ella, la ciudad de Salamanca recibió a grandes escritores hispanoamericanos, entre ellos Álvaro Mutis, Sergio Ramírez, Carlos Fuentes, Mario Benedetti y Mario Vargas Llosa. Asimismo, Carmen ha tenido una gran proyección cultural en la ciudad, colaborando con publicaciones de libros y organizando encuentros de escritores y recitales de poesía en colaboración con el poeta Alfredo Pérez Alencart.

El año pasado supe que Carmen se había jubilado como profesora. Me bajó un poco la tristeza porque no puedo imaginar volver al Palacio de Anaya y creer que ella ya no sigue ahí, guerreando desde su escritorio o desde el aula de clase. Aunque es justo que tenga más tiempo libre, así será más fácil volver a tomar un café con ella en La Rúa y decirle cuánto agradecimiento le guardo. Dichosos los que fuimos sus alumnos y más aún los que somos sus amigos, los que queremos tanto a Carmen.

París, 28 de mayo de 2020.